Anna Ajmátova, traducida [1]

No me sorprendió que en junio de 1965 la Universidad de Oxford concediera a Anna Ajmátova (1889-1966) el título de *Doctor Honoris Causa*. No conociendo la lengua rusa, había leído la traducción inglesa de 13 poemas suyos [2], poemas que me

[1] ANNA AJMÁTOVA: *Antología*. Versión de José Raúl Arango. Esplugues de Llobregat (Barcelona), Plaza y Janés, 1984, 192 págs.

[2] *A Treasury of Russian Verse*. Edited by Avrahm Yarmolinsky. Mac Millan, New York, 1949 (págs. 189-195). Todos los poemas de Anna Ajmátova son traducciones al inglés de Babette Deutsch.

impresionaron vivamente por su tono marcadamente personal, delicadeza, concisión y sutil sentido artístico. Eran un hallazgo para mí. Aún recuerdo su poema *«Confession»* (1911), que comienza con dos bellos versos: *Silence, now he has shriven me./In lilac dusk the taper smolders...»* Y el titulado *«Like a White Stone»* (1916) que terminaba: *«You have been changed into a memory»*. Una nota me permitió saber algunos datos biográficos esenciales y «configurar» la personalidad humana de la poetisa: había publicado su primer libro de versos en 1912 y su sexto poemario en 1923 y, desde entonces, había permanecido virtualmente en silencio. La Revolución no la llevó al destierro y continuó viviendo en Leningrado: se mantuvo al lado de su pueblo y no militó en la oposición ni en la emigración. Sin embargo, sus poemas de *El llantén* y *Anno Domini* (1921-1922) expresan a la vez el sentimiento trágico ante el derrumbe de un mundo y la tenaz confianza en los destinos de la nueva Rusia. Sufrió el fusilamiento de su esposo —Nicolás Gumiliov—, acusado de conspiración, y el encarcelamiento y deportación de su hijo. Vivió su drama personal y el drama colectivo del sitio de Leningrado. Sólo en 1940 apareció una selección de todos sus libros. Durante la Segunda Guerra Mundial publicó poemas que mostraban el hondo patriotismo de la poetisa y que su refinada poesía no había cambiado. Pero el 14 de agosto de 1946 el Comité Central del Partido Comunista —después de escuchar el famoso informe de su secretario Andrei Zhdanov— resolvió que los poemas de A. A. estaban impregnados de pesimismo y decadencia, que dañaban la educación de la juventud y que no podían ser tolerados en la literatura soviética. La poetisa, en consecuencia, fue expulsada de la Unión de Escritores Soviéticos. Anna Ajmátova quedaba proscrita como autora [3].

A partir de 1964 comienza su «reconocimiento» siendo elegida presidenta de la mencionada Unión, tras haber obtenido el Premio Internacional de Escritores Europeos. Se afirmaba así —antes de su fallecimiento— su gloria de gran poetisa universal. Sus restos resposan en Komarovo, en una tumba erigida en 1968 con donaciones públicas.

Elsa Triolet incluye cinco poemas de A. A. —traducidos al francés por Guillevic— en su antología bilingüe de la poesía rusa [4].

En cuanto a la lengua española, Aquilino Duque publicó el texto ruso y su versión castellana de su gran poema *Requiem* [5]. Una antología de poesía rusa apareció en 1974 [6] e incluía seis poemas de A. A. en versión revisada por Rafael Alberti y María Teresa León.

En 1984 ya tiene España un conjunto considerable de la lírica ajmatoviana. Es una selección que recoge 198 poemas, precedidos por un prólogo titulado «Anna Ajmátova, reina y mártir de la poesía rusa». Los poemas pertenecen a *El atardecer*

---

[3] En el período de entreguerras, escribió —además de poemas— crítica e historia literaria.

[4] *La poésie russe*. Edition bilingüe publiée sous la direction de Elsa Triolet. Editions Séghers, París, 1965, 1971 (págs. 282-287).

[5] ANNA AJMÁTOVA: *Réquiem*. Texto ruso castellano. Versión y Prólogo de Aquilino Duque. El Bardo, Barcelona, 1967, 47 páginas.

[6] ALEXANDER MAKAROV: *Antología de la poesía soviética*, Traducción de Vicente Zúñiga. Biblioteca Júcar, Madrid, 1974 (págs. 45-47).

(1912), a *El rosario* (1914), a *La blanca bandada* (1917), a *El llantén* y *Anno Domini* (1921-1922), a *La casa* (1924-1940), a *El séptimo libro* (1936-1964) y termina con un grupo de poesías no recogidas en libro, y que incluye el *Réquiem*. Esta selección nos prueba la riqueza temática de la poesía ajmatoviana.

¿Qué piensa de ésta su autora? ¿A qué poetas destaca en su estimación? Conviene comenzar por la autodefinición que A. A. hace de sí misma en un poema de *El séptimo libro* y que lleva el título de su primer verso:

Hace mucho que no creo en el teléfono,
ni en la radio creo, ni en el telégrafo.
Tengo mis propias normas,
y, puede ser, un carácter salvaje.
Como todos en cambio puedo soñar,
y no preciso perderme «a lo lejos»,
porque donde quiera que me encuentre
conquistaré cualquier altura.

(Pág. 159)

Los instrumentos tecnológicos no superan el alcance de los sueños, ingrediente sumo de la poesía, abarcador y totalizador en todo tiempo.

Y en el mismo libro también se halla otro poema —titulado con el primer verso— en que la poetisa se autodefine poéticamente y en relación con el mundo que la rodea:

Quizás aún muchas cosas quieren
ser cantadas por mi voz:
todo lo que sin palabras retumba,
o lo que en las tinieblas afila la piedra,
o lo que atraviesa la niebla.
Mis cuentas no están muy claras
con el fuego y el viento y el agua...
Así, de pronto, en mis sueños
se abren anchurosas puertas
que me guían hasta las primeras estrellas.

(Pág. 140)

La fusión del universo interior con el macrocosmos es evidente en esta poesía concentrada, sensitiva y no menos intelectual. A. A. acaso pretendía —sabiéndolo o no— lo que en sus años primerizos escribió acerca de Hamlet: sus palabras «han de manar por cien siglos» (pág. 37). Como poetisa, todo lo adentra en su corazón, apretándolo, aunque siente frío. Pero las almas no mueren, aunque la canción del último encuentro sea dolorosa. La entristece el jardín helado y sólo el amor la conforta cuando llama a su puerta. Ruega también —en su poesía— por los mendigos y los abatidos. Su casa, a veces, está vacía y lúgubre. Una nota romántica intensifica su atmósfera de tristeza y anuncia presagios de muerte. En «La habitación nocturna», el verso ajmatoviano se hace profundo: «Yo digo ahora con palabras oscuras/que el espíritu sólo nace una vez» (pág. 47), mientras escucha el acorde de un clavecín. Melancolía y tristeza se esfuman si ve pasar «un rayo sobre la hierba fresca» (pág. 49). La belleza natural consuela del dolor a la poetisa.

El tema de la poesía inspira muchos de sus versos, siendo prueba de su constante conciencia creadora. La inspiración es definida, a pesar de su indefinición: «Y la musa con su vestido agujereado/canta triste y monótonamente./En su cruel y joven tristeza/está su milagrosa fuerza» (pág. 87). Quizá el poema «¡Balanceándote en las etéreas olas!» sea el que mejor describa el impulso de su poesía, su ansia de vuelo universal, de solidaridad cósmica:

Esquivando montañas y mares,
vuela, vuela como paloma de la paz,
¡oh sonora canción mía!
. . . . . .
No estás sola, serán muchas
las palomas que contigo vuelen.
En el umbral lejano os espera
el corazón de tiernos amigos.
Vuela en el ocaso de púrpura escarlata,
en el sofocante humo de las fábricas,
sobre los barrios negros,
sobre las azules aguas del Ganges.

(Pág. 149)

En «El último poema», A. A. alude a las proyecciones diversas de su poesía. Algún poema suyo se parece al trueno; otro nace del silencio de la noche y otros en la claridad del día, como una fuente clara. Unos son misteriosos: «Ni sonido, ni color, ni color ni sonido,/se esparce, cambia, se acerca,/y no puedo tomarlo vivo en mis manos» (pág. 155). Pero en «La Musa» advertimos cierto humor trágico junto a su fervoroso ardor poético:

Cómo vivir con esta calamidad
que además se le llama la Musa.
Dicen: «Tú te refocilas con ella...»
Dicen: «Divino murmullo...»
¡Más que la fiebre ardiente me abrasa
y de nuevo en todo el año, ni palabra!

(Pág. 156)

A. A., en el fondo, se queja —como se quejaba, en el plano místico, nuestra Teresa de Jesús— de las temporales sequedades de su inspiración. Pero en otro poema también dedicado a «La Musa», ésta le parece superior a todo: «Qué significan la gloria, la juventud, la libertad,/cuando flauta en mano, la muy amada llega» (pág. 120).

La poetisa rusa dedicó poemas a Dante, a Pushkin y a Boris Pasternak. El consagrado a éste último se titula «El poeta», siendo las más notables, en nuestra opinión, las dos estrofas del final:

Por haber comparado el humo con Laocoonte,
por haber cantado los cardos del cementerio,
por haber llenado el mundo con nuevos sonidos
en el espacio del poema florece.

Galardonado con no sé qué infancia eterna
su agudeza y abundancia brillan,
y toda la tierra es su herencia
y él con todos la reparte.

(Págs. 121-122)

Aún dedica a Pasternak una breve e intensa elegía: «En memoria del poeta». El sentimiento de la poetisa nace de la irreparable pérdida:

Se ha silenciado ayer la voz inimitable,
nos ha abandonado el que hablaba con los bosques.
Se ha convertido en la espiga que da la vida,
y en el fino chaparrón que cantara.
Y todas las flores del mundo
para encontrar esta muerte han florecido.
Pero de pronto se ha hecho silencio sobre el planeta
que lleva el humilde nombre de... Tierra.

(Pág. 161)

Junto al tema central de la poesía, A. A. entrelaza el del amor y la muerte, el de la Naturaleza y la soledad, el alma y el misterio metafísico, el sentimiento religioso y la tristeza, el amor a Rusia y a su lengua. Es tan sensitiva que una mota de polvo o la palabra de un necio la hacen temblar. Pide experiencia en vez de sabiduría, mientras los años pasan dulcemente revelándole «la más loca de todas las canciones» (pág. 65).

En cuanto al amor, confiesa un día: «y yo comercio con una mercancía rara/vendo tu amor y tu ternura» (pág. 53). Sabe también que una mujer solitaria nada tiene que pedir y, en su tristeza, se pregunta: «¿Espero la hora de la muerte?» (pág. 59). Extranjera en su propia casa y temiendo morir, interroga al amado: «¿Quién entonces te escribirá mis poemas,/quién me ayudará a decir en voz alta las palabras aún no dichas?» (pág. 59). La inquietud interna, por otra parte, es como una herida abierta (pág. 61). Añora los días buenos del amor: «¡Oh, cómo me fue contigo de dulce la tierra!» (pág. 92). El desamor, en cambio, la hace sufrir «como una enferma» (pág. 96). Incontables son sus poemas amorosos, en múltiples variantes, estados, situaciones: desdeña la duda, que exista la consunción y, por eso, no puede admitir que pierdan los amantes «la frescura de las palabras y el sentido de la sencillez» (pág. 81).

El tema de la muerte logra los poemas de mayor hondura e intensidad, ligado al amor. Así, su voz adquiere un *pathos* conmovedor cuando dice: «No sé si estás vivo o muerto/y si puedo buscarte en esta tierra,/ o solamente en la tiniebla nocturna/como un difunto llorarte» (pág. 85). Como una romántica, ansía morir: «Y el corazón sólo reclama la muerte,/apostrofando la lentitud del destino» (pág. 100). En los días de la guerra, confiesa que no puede llorar por los que murieron en el barranco. El llanto se ha escapado antes de llegar a sus ojos: «sin refrescar mis ojos se alejó la frescura» (pág. 129). Luego añade que cuando llama a sus amigos por sus nombres más íntimos, le «responde tan sólo el silencio» (pág. 141). Su poema «De profundis» podría ser aceptado por los jóvenes de la Guerra Civil española:

De profundis... Mi generación
poca miel pudo gustar: y he ahí
que sólo el viento tañe en la distancia,
que sólo por los muertos canta la memoria.
El nuestro fue un asunto inacabado,
las nuestras fueron horas contadas.
De la esperada división de las aguas,
de la altura de las más altas cumbres,
del poder desenfrenado
sólo nos quedó un momento de respiro...
Dos guerras, mi generación
iluminó tu terrible camino.

(Pág. 144)

En un excelente poema, muy breve, la muerte queda unida a la tristeza:

El oro se herrumba, el acero se pudre,
el mármol se desmorona. Todo está listo para la muerte.
Lo más firme sobre la tierra —la tristeza
y lo que nunca perece— es una palabra magnífica.

(Pág. 145)

En su «Soneto marino» se refiere a su propia muerte, a la que sobrevivirán los pájaros:

Todo aquí sobrevivirá a mi muerte,
todo, hasta los viejos refugios de los estorninos,
y este aire, este aire de primavera
que vuela sobre el mar.

(Pág. 154)

Entre sus elegías citaremos «En memoria de Mijail Bulgakov», «La muerte de Sófocles», «Elegía en el comienzo de la primavera» y, especialmente, su extenso poema *Réquiem* —de compleja estructura y digno de una exégesis individualizada—», en el que brillan las estrellas de la muerte (pág. 173) y en cuya parte VIII, A. A. invoca «A la muerte», considerándola «tan simple y maravillosa» (pág. 177), en cualquier forma que se presente.

Los elementos de la Naturaleza se entretejen con los temas centrales y con toda clase de imágenes. A. A. halla lirismo en los paisajes de todas las estaciones y en todas las horas. He aquí un ejemplo de poesía casi juanramoniana: «Sobre lo más tierno, sobre lo más milagroso/hoy hablan conmigo los pájaros» (pág. 87). Su visión del invierno es sintética y efectiva: «Atraviesan bancos de hielo, crujiendo, cielos definitivamente pálidos» (pág. 102). La felicidad es, para ella, como un pájaro alegre enterrado «junto al viejo abedul». (Pág. 70).

La tierra natal y la lengua rusa inspiran poemas de gran valor humano. La primera es «polvo de los chanclos», «crujidos de los dientes» que amasan y desmenuzan, pero es polvo «que nada puede sustituir»: «En ella nos tenderemos y en ella permaneceremos/y, por tanto, tan libremente la llamamos nuestra» (pág. 162). La lengua rusa es la verdadera patria, según se declara en el poema titulado «Valor»:

No es terrible morir bajo las balas,
ni amargo desangrarse,
pero te conservaremos lengua rusa,
grande palabra rusa.
Limpia y libre te llevaremos
para entregarte a nuestros muertos,
para siempre librándote del cautiverio.

(Pág. 138)

¿Qué podríamos destacar —al tratarse de una traducción— del estilo ajmatoviano? Advertimos concretizaciones materiales de lo inespacial: «El sótano de la memoria» (pág. 129). Nos salta a la vista una poderosa antropomorfización en el poema «La victoria»: «Y los poderosos abuelos-inviernos/con nosotros van cerrando filas» (pág. 137). En «Con un espejo roto» nos sorprende esta imagen humanizadora: «Una cita incumplida/aún solloza en el rincón» (pág. 153).

En cuanto a la traducción de José Raúl Arango, querríamos aducir algunas reflexiones. Ya decía Elsa Triolet [7] que las condiciones ideales de una traducción serían que un gran poeta tradujese a otro gran poeta del que hubiese leído el original y por el cual se hubiera entusiasmado. En este caso, el poeta traductor vertiría a su lengua los misterios de la poesía, la prosodia, la sintaxis, rima y ritmo, del mismo modo que el poeta traducido lo hacía en la obra original. Para una mayor perfección, debería, aún más, existir entre los dos poetas una especie de congenialidad que haría mayor el parecido entre ambos textos. Elsa Triolet nos dijo también que los poemas de A. A. habían sido excelentemente traducidos al francés por Guillevic.

Ignoro cuáles sean las principales dificultades de traducir el ruso al español. Ni las libertades que personalmente se ha tomado José Raúl Arango. Ni si hubiera sido mejor una traducción en prosa. ¿Falsifica ésta menos el original? ¿Deforma menos su reflejo en lengua española? ¿Menos que si se utiliza una forma métrica diferente de la del original? ¿Enriquece la traducción con palabras innovadoras? ¿Respeta una expresión trivial del ruso que, en español, resulta exótica? Creo, sinceramente, que Arango ha resuelto estas cuestiones según se le fueron presentando y de acuerdo con el contexto general. Sus traducciones, por otro lado, dan la impresión de no haber usado ni abusado de ningún virtuosismo lingüístico ni poético. Domina el sentido la expresión— natural siempre. Confiamos en su talento de traductor y en su comprensión total de la poesía ajmatoviana. Mas es posible también que felices azares hayan iluminado su versión. Su prólogo satisface meritoriamente su cometido: la figura de la poetisa rusa —que sufrió el «exilio interior» y profundas experiencias dolorosas bajo el dominio del stalinismo— emerge viva y conmovedora, al lado de su poesía de singular carácter.—CONCHA ZARDOYA *(Virgen de Icíar 21. El Plantío. 28023 MADRID).*

[7] *Op. cit.*, pág. 9.